

Fantasmas

Autora

Inés Pérez García

Accésit

Categoría A • 14-18 AÑOS

2020

Autora

Inés Pérez García

Cantabria, 2003

Comenzó a escribir pequeños relatos en el instituto motivada por su profesora de literatura, participando en el concurso El Pozón de la Dolores donde consiguió varios premios. Actualmente, estudia el Doble Grado en Economía y Administración y Dirección de Empresas en la Universidad de Cantabria y, aunque en menor medida, sigue intentando escribir, pues siente que la escritura es una forma de creación artística que nos da la oportunidad de expresarnos libremente.

FANTASMAS

Inés Pérez García

Toc, toc, toc, toc

- Adelante.

- Buenos días.

- Anselmo, que sorpresa. Pasa, pasa, ¿qué te trae por aquí?

- Han vuelto,... han vuelto los fantasmas.

* * *

Aquella misma mañana Anselmo se había levantado temprano, como le pautaba el estilo de vida que su hija le imponía desde hacía un tiempo. Al principio no le gustaron nada los horarios de Isabel, pero con el tiempo se había sometido a ellos y había conseguido adaptarse. Isabel siempre había sido muy cabezona y segura, y en cierto modo eso la había definido, pues había logrado convertirse en la directora ejecutiva de una importante empresa. Pero no hablemos más de ella.

Como iba diciendo, Anselmo se había levantado temprano, muy temprano, tiempo antes de que amaneciera. Había pasado una noche inquieta y estaba cansado, con la mirada ojerosa y la boca pastosa. Como solía hacer, se dirigió a la cocina para prepararse una taza de leche con gachas. Desde que cumplió los cincuenta acostumbra

a calentar la leche mucho, en un cazo, dejando que las gachas se deshagan y se mezclen formando un mejunje viscoso. Y precisamente estaba pensando en su reponedor desayuno cuando, para su sorpresa, al abrir la puerta de la nevera la leche no estaba allí. Buscó a fondo por toda la cocina: en los armarios, cajones y hasta en el horno, pero no consiguió encontrarla. Extrañado y un tanto desubicado decidió desayunar más tarde.

Cuando regresó a su habitación la camisa que había dejado preparada el día anterior no estaba sobre la cómoda, ni tampoco los zapatos en el cajón. Asustado, se puso una camiseta muy usada y arrugada que encontró en el fondo del armario y unos pantalones y salió a toda prisa del cuarto. Contra todo pronóstico, cuando entró en el baño encontró la leche en la bañera, pero no solo un tetrabrik, sino varios paquetes apilados unos encima de otros formando una torre perfecta. Alarmado y sobresaltado se miró en el espejo, tocándose repetidamente la cara y tratando de tranquilizarse. Observó atentamente el baño, creyendo formar parte de un sueño, “No te preocupes, ahora te vas a despertar, no es real, no es real, no es real.” pensaba. El baño, el cuarto más luminoso del piso, estaba cubierto por azulejos azules, simulando las paredes de una piscina. Junto al espejo había colgados unos cuadros que Isabel se había empeñado en regalarle. En ellos ponía: “Hoy va a ser un gran día.”, “Nunca te rindas.” y “Sonríe, ¡es gratis!” en letras brillantes y llamativas. Aunque Anselmo se negaba a formar parte del grupo de personas que ven el vaso medio lleno, cada día leía las tres frases y asentía para sí. Pero no sigamos con más detalles porque Anselmo es un hombre muy nervioso y mientras hablábamos de los cuadros ya ha recorrido cuatro veces el pasillo del piso en busca de sus llaves pensando “Juraría que os dejé sobre la mesa del salón, ¿dónde demonios estáis?”.

Recorría a grandes zancadas las habitaciones, arrastrando los bajos del pantalón y ensuciándose los calcetines blancos con el polvo posado sobre la madera; todo parecía estar fuera de su lugar. No fue hasta que entró en el cuarto de la lavadora cuando descubrió

lo que había estado pasando. En un rincón de la estrecha estancia estaban colocadas las llaves, junto a los zapatos y la camisa, al lado del mando de la televisión y sobre una caja con periódicos que había perdido.

- Han vuelto, están aquí ¡Los fantasmas, los fantasmas! – Gritaba alocado. - ¡No puede ser, no puede ser, no puede ser! – Comenzó a repetir incansablemente- Isabel no se puede enterar... no, no, de ninguna manera... Lo solucionaremos, si, si... Tengo que hablar con él, tengo que hablar con él,...

Diez minutos más tarde Anselmo se encontraba en el portal de su edificio, tratando de decidir la mejor ruta para llegar a su destino. Por un momento se quedó en blanco, sin saber qué hacer, escuchando el ruido de los coches y el barullo de un bar cercano. La calle olía a café y tostadas con mantequilla, como las que habituaba a hacer Isabel los días que se quedaba a dormir con él. Todo esto le trasladó a un lugar y momento diferentes, más agradable, más real, y cuando se quiso dar cuenta no sabía dónde estaba. Comenzó a mirar en todas las direcciones inmóvil, tratando de encontrar un lugar de referencia que le ayudara a ubicarse. Habría seguido allí un largo tiempo de no ser por un vecino que le saludó calurosamente.

- Hombre, Anselmo, ¿cómo lo lleva? ¿de paseo?

- Emm... sí, pero me he perdido ¿sabes dónde está la panadería?

- ¿La de María Luisa dice? Está a la vuelta de la esquina, fíjese. – Le indicó señalando una bocacalle. – ¿La ve?

- Sí, gracias Fernando, hasta otra. – Se despidió sin mucho interés.

Para Anselmo la ciudad solamente se puede entender con seis puntos de referencia. El primero de ellos, la casa de Isabel, está demasiado a las afueras y únicamente se puede llegar a él cogiendo un autobús. Los restantes cinco forman lo que su hija llama “la ruta anti-despistes”, un itinerario perfectamente delimitado para evitar cualquier tipo de equivocación. Este trayecto es: piso-panadería de la esquina-calle veintitrés-banco sucio del parque-floristería-banco sucio del parque-calle veintitrés-panadería de la esquina-piso.

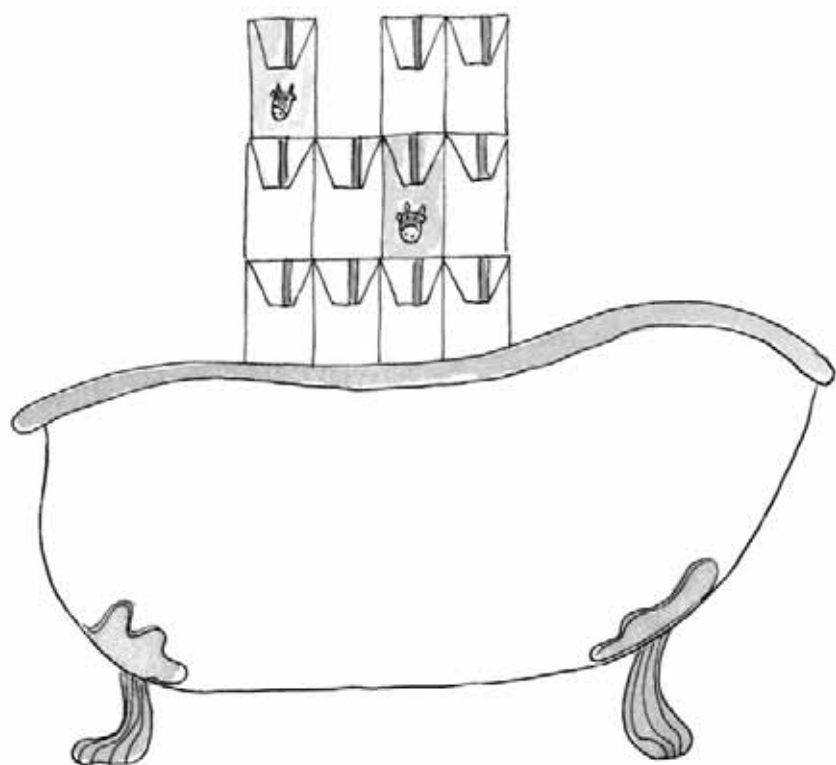
Tras situarse y llegar hasta la panadería, Anselmo dedicó unos segundos a respirar profundamente y relajarse. Hacía una mañana espléndida de otoño, ni muy fría ni muy calurosa. Corría un leve aircillo que se colaba entre los agujeros de las chaquetas de los transeúntes. Seguía oliendo a café, pero el delicioso olor a tostadas con mantequilla se había esfumado. Anselmo retomó el paso impaciente. Durante su paseo hacia la floristería se cruzó con una mujer de rostro vagamente familiar. Rondaría los cuarenta años y llevaba una falda extremadamente colorida, de esas que Anselmo odiaba por ser demasiado llamativas y desviar su atención. Trato de no darle demasiada importancia y apretó el paso, esquivando a un grupo de chicos que cargaban con un altavoz y cantaban a pleno pulmón una de esas canciones que tanto se oía últimamente por todas partes.

Al llegar al banco sucio del parque decidió parar a descansar un momento. Se sentó junto a una pareja de adolescentes e intentó no prestarles mucha atención, pero su conversación se filtraba entre los pensamientos de Anselmo.

- Deberías decírselo, lo entenderán. – Sugería el chico.
- No me digas lo que tengo que hacer ¿vale?
- Siempre estás igual. – Replicó este a la vez que se levantaba abandonándola.

Anselmo se quedó sorprendido ante la falta de interés de la joven y la observó atentamente unos segundos. Ella permanecía sentada en el banco, con los brazos cruzados, enfadada. Era una chica extraordinariamente elegante aunque no llevaba maquillaje ni vestía de forma glamurosa. Sus gestos y su postura imitaban a las de una bailarina profesional a pesar de haber sido tan brusca. Al rato, un tanto incómoda por el penetrante examen de Anselmo, le dedicó una mirada de desaprobación y se levantó del banco, agitando el pelo efusivamente y diciéndole “¿Qué miras?”. Anselmo, avergonzado, bajó la mirada y se levantó rápidamente, continuando su camino hacia la floristería.

Quince minutos más tarde empezó a vislumbrar hortensias, pensamientos, dalias y demás plantas de la época en la entrada de la



floristería. Se detuvo delante de la fachada anaranjada y, tratando de inspirar profundamente una vez más, cruzó la calle adentrándose en el imponente edificio de la calle de enfrente. Atravesó varios pasillos y corredores despacio, sin prisa, observando los cuadros y carteles de las paredes. Cuando finalmente estaba llegando a su destino, un hombre sudoroso le detuvo.

- Excuse moi monsieur, je voudrais savoir où est le bain. – Preguntó amablemente el señor.

- ...

- Est-ce que tu comprends? – Insistió un tanto impaciente.

- No sé lo que me dice, déjeme, ¡aparte! – Gritó Anselmo propinándole un codazo y acelerando el paso.

Agotado después de su interminable paseo y mareado por el espantoso olor del edificio se dirigió acalorado a la puerta doscientos trece y llamó.

Toc, toc, toc, toc

- Adelante.

- Buenos días.

- Anselmo, que sorpresa. Pasa, pasa, ¿qué te trae por aquí?

- Han vuelto,... han vuelto los fantasmas.

- ¿Cuándo?

- Esta mañana, han escondido mi ropa, las llaves y los zapatos y han apilado la leche en la bañera. No se lo digas a Isabel, por favor, no quiero molestarla, todo iba muy bien.

- Tranquilízate, no pasa nada, no es culpa tuya. – Le habló con un tono de voz más apacible.- Cuéntamelo todo, con detalles, ¿te has estado poniendo los parches?

- Sí, sí, lo he hecho todo bien, pero no se lo digas a Isabel, por favor.

- Anselmo, te hablaré claro, Isabel tiene que estar al tanto de todo esto, vas a necesitar un acompañante que te cuide y viva contigo, esto es así, lo sabes, no es culpa tuya.

- No, no, no, ¡no! Isabel no se tiene que enterar, no quiero que venga conmigo, no quiero ser una carga, ¡no!

- Anselmo, no eres una carga, solamente necesitas cuidados especiales. Los fantasmas no van a desaparecer, ahora forman parte de ti y van a vivir contigo, pero te podemos ayudar a negociar con ellos ¿me entiendes?

- Sí doctor. – Respondió Anselmo bajando la mirada.

- ... Sé que el Alzheimer no es una enfermedad sencilla.